REVISTA DEL CEHGR • núm. 26 • 2014 • págs. 437-456 ISSN: 2253-9263

Granada y Constantinopla en la baja Edad Media: una historia comparada

Carlos Martínez Carrasco
Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas de Granada
carlmtnez@hotmail.com

Recibido: 10 Noviembre 2013 · Revisado: 29 Diciembre 2013 · Aceptado: 10 Febrero 2011 · Publicación Online: 30 Junio 2014

RESUMEN

El Mediterráneo sufrió importantes cambios como consecuencia del crecimiento de los Estados cristianos de la Europa Occidental. Sus efectos se notaron tanto en Bizancio como en al-Andalus, donde reinaron dos dinastías con una suerte similar, los Paleólogos y los Nazaríes respectivamente. El tiempo que ambas gobernaron abarca desde el siglo XIII al XV, época en la que las repúblicas italianas extendieron sus redes comerciales en ambos extremos. Generalmente se suelen concebir como dos mundos separados. Sin embargo, existen pruebas que permiten unir Granada y Constantinopla en muchos planos diversos. Ambas están insertas en un mundo mucho más amplio que supera las fronteras regionales, de ahí que lo que se intente sea tomar una visión de conjunto presentando las analogías entre los dos Estados, avanzando hacia una Historia total.

Palabras clave: Mediterráneo, Emirato nazarí de Granada, Bizancio, Génova, diplomacia, tratados comerciales, guerra santa.

ABSTRACT

The Mediterranean Sea suffered important changes as a consequence of rise of the Eastern Europe's Christian States. The effect were noted both Byzantium and in al-Andalus, where ruled two dynasties with a similar destiny, the Paleologos and the Nazarites respectively. Both governed in a time that covered from XIII^{rh} to XVth century, period when the Italian's republics extended her commercial network in both ends. Generally are conceived as a two separated worlds, but there are proofs that can joint Granada and Constantinople in much different aspects. Both are insert in a much wider world who broken the regional borders, hence what is intended is give a global vision presented the analogies between the two States, moving towards a total History.

Keywords: *Mediterranean Sea, Granada's nazarite Emirate, Byzantium, Genoa, diplomacy, trade agreements, holy war.*

1. INTRODUCCIÓN

En líneas generales se podría afirmar que la historiografía española se ha caracterizado tradicionalmente por su localismo, por el estudio de los asuntos peninsulares dejando de lado cualquier otro tema, aunque por fortuna este «aislacionismo historiográfico» no es el predominante en las actuales tendencias; tampoco es menos cierto que se dieron intentos por establecer lazos de unión en la política de la Corona de Castilla con relación a los acontecimientos que tuvieron lugar en el Mediterráneo oriental en el s. xv. En 1960, aparecía en la revista *Hispania* un artículo de Eloy Benito Ruano titulado «Granada o Constantinopla»[1] en el que abordaba la disyuntiva que se le presentó a Enrique IV (1454-1474) entre atender sus asuntos internos y las peticiones del Papado para ir a una Cruzada contra los turcos.

Las fechas del 2 de enero de 1492 o la de 29 de mayo de 1453 no dirán nada a la mayoría, o tal vez sólo la primera. La caída de Granada y Constantinopla respectivamente, pueden parecer a simple vista dos hechos aislados, separados por casi medio siglo. Sin embargo, el transcurso de los acontecimientos que vivieron ambos Estados es muy similar, permitiendo establecer una serie de paralelismos entre ellos. Si hay un concepto que podamos considerar común tanto a Bizancio como al Emirato de Granada es el de la decadencia[2], idea nacida de la comparación con el período Clásico romano, en el caso bizantino, o con el Califato de Córdoba, para el granadino.

En este estudio lo que pretendemos es ofrecer una visión comparada entre Bizancio y el Emirato de Granada, tomando como punto de partida la situación que se está viviendo en Oriente y dilucidar si existen paralelismos en Occidente, toda vez que contamos con un denominador común, como es la presencia de mercaderes extranjeros en ambos espacios; analizar el papel que desempeñaron tanto en Bizancio como en Granada.

Centraremos la atención más en aspectos diplomáticos, entendiendo que este sería un campo en el que se podría hacer una aportación más novedosa. Sobre cuestiones de comercio se han hecho importantes y numerosos trabajos, por lo que no creemos que debamos volver sobre ellos. Punto también interesante, pero que no podemos abordar aquí dada la extensión que ello requeriría, es la situación de las islas, tanto bajo la dominación latina como otomana, en especial Chipre, que se presta a la comparación con la Granada mudéjar. El tema será abordado en un futuro trabajo, dadas las posibilidades que ofrece para abundar en la línea de ese estudio unitario del Mediterráneo por el que abogamos.

---

[1] Eloy Benito Ruano, «Granada o Constantinopla», *Hispania: Revista española de Historia*, 79 (1960), págs. 267-314.

[2] Cfr. Emilio de Santiago Simón, «Los nazaríes de Granada: historia de un ocaso largamente anunciado», en Manuel Barrios Aguilera y Bernard Vincent (coords.), *Granada 1492-1992: del Reino de Granada al futuro del mundo Mediterráneo,* Universidad de Granada, Granada, 1993, págs. 33-42; Charles Diehl, *Grandeza y servidumbre de Bizancio*, Espasa Calpe, Madrid, 1963.

REVISTA DEL CEHGR • núm. 26 • 2014 • págs. 437-456

2. LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA

La recuperación en 1261 del Imperio bizantino —tras la debacle que supuso la toma de Constantinopla por los occidentales durante la IV Cruzada en abril de 1204[3]—, bajo el gobierno de Miguel VIII Paleólogo (1261-1282) fue el signo efímero de una vuelta a los tiempos pasados; la certificación de que el proceso iniciado un siglo antes, como se ha señalado, era irreversible. Bizancio había quedado reducido al *hinterland* constantinopolitano y las regiones de la Grecia continental[4], que en este período se convirtieron en el corazón cultural de un Imperio que se identificaría con lo griego como definidor de su idiosincrasia frente a lo latino, la marca de identidad de sus nuevos enemigos. Sin embargo, son los turcos los que representan el principal peligro para Constantinopla, ya que su maquinaria de guerra era muy distinta a la que habían puesto en marcha los árabes.

Coincide en la Península Ibérica con la ralentización de la «Reconquista» tras el espectacular avance que siguió a la batalla de las Navas de Tolosa (julio de 1212), en la que se certificó el declive del poder almohade, abriéndose la puerta del Valle del Guadalquivir. En una serie de campañas entre 1236-1248, Fernando III el Santo (1217-1252), tras unificar definitivamente León y Castilla en 1230, conquistó las ciudades de Úbeda, Baeza, Jaén, Córdoba y Sevilla, dejando sólo una pequeña franja de terreno en el extremo sur-oriental de la Península en manos de los musulmanes. Por el Pacto de Jaén (febrero de 1246), firmado por el monarca castellano y Muḥammad Ibn al-Aḥmar (1237-1273) se reconocía la existencia del Emirato Nazarí de Granada, la última expresión de al-Andalus, como un Estado vasallo de Castilla[5].

La dependencia del exterior se manifestaría en la fisonomía de las ciudades, en cómo se organizó el espacio y se repartió entre los distintos grupos de comerciantes extranjeros. El mejor ejemplo que tenemos y podemos rastrear a través de los testimonios de distintos viajeros es Constantinopla, de la que existen diversas descripciones que permiten ver la evolución que ha sufrido la ciudad y establecer una comparativa

---

[3] Sobre los acontecimientos entre 1204-1261, cfr. Georg Ostrogorsky, *Historia del Estado Bizantino*, Akal, Madrid, 1983, págs. 395-460; Steven Runciman, *Historia de las Cruzadas*, 3 vols., Alianza Editorial, Madrid, 1973, vol. 3: *El Reino de Acre y las últimas Cruzadas*, págs. 109-130; Ernle Bradford, *The Great Betrayal. Constantinople 1204*, Hodder and Stoughton, Londres, 1967; Ν. Γ. Μοσχονάς (ed.), *Η Τέταρτη Στραυροφορία και ο Ελληνικός Κόσμος*, Εθνικό Ίδρυμα Ερευνών-Ινστιτούτο Βυζαντινών Ερευνών, Αθήνα, 2008.

[4] Moschos Morfakidis y Encarnación Motos, «Un pasaje de Laonicos Calcocondilas relativo a la Batalla de la Higueruela y a sus consecuencias inmediatas», en *Actas del IV Coloquio de Historia Medieval Andaluza,* Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 1988, pág. 72.

[5] Claudio Sánchez Albornoz, *La España musulmana según los autores islamitas y cristianos españoles,* 2 vols., Espasa-Calpe, Madrid, 1986, vol. 2, págs. 425-427; Miguel Á. Ladero Quesada, «El Reino de Granada y la Corona de Castilla en la Baja Edad Media» en Rafael G. Peinado Santaella (ed.), *Historia del Reino de Granada.* Vol. 1: *De los orígenes a la época mudéjar (hasta 1502)*, Universidad de Granada-Legado Andalusí, Granada, 2000, pág. 190; Rachel Arié, *L'Espagne Musulmane au temps des Naṣrides (1232-1492)*, reimp. De Boccard, Paris, 1990, pág. 60.

entre las distintas épocas por las que iría pasando. Para el caso de Granada, los testimonios son más escasos, pero sí existen relatos de los viajeros que llegaron a la capital del antiguo Emirato tras la conquista castellana, dejando sus impresiones de cómo la hallaron, pudiéndose hacer una reconstrucción a partir de lo que en ellas se nos cuenta. No vamos a entrar a hacer una semblanza de ninguna de las dos ciudades, sino que nos limitaremos a tratar de señalar el impacto que tuvo en ambas la intervención extranjera.

La ciudad de Constantinopla estaba dividida en dos partes. Una en la que la población era esencialmente romana y dedicada en su mayor parte a la artesanía, y en la que se ubicaba el poder político. Sería el núcleo formado en los alrededores de la ciudad palatina. Ibn Baṭṭūṭa († *ca.* 1368/1377) la llama Estambul[6] (=Ištanbūl) —nombre con la que se la conoce en la actualidad— que tiene su origen en el griego εις την Πολήν (=en la Ciudad) con el que contestaban los romanos cuando les preguntaban adónde se dirigían cuando iban a Constantinopla. La otra parte es la ocupada por los comerciantes extranjeros, Gálata, que se convertiría en el barrio comercial por excelencia de la Ciudad[7].

La procedencia de estos mercaderes era en su mayoría italiana: venecianos, genoveses y en menor medida, pisanos, aunque también habría catalanes y castellanos[8]. Quizás debido a su procedencia, Benjamín de Tudela († 1173) hace mención a los mercaderes procedentes de «España»[9], término cuando menos complejo ya que los documentos genoveses emplean las voces *Yspania* o *Spania* para referirse a al-Andalus al igual que los bizantinos, cuando éste ocupaba la mayor parte de la Península Ibérica. Sin embargo es difícil pensar en esto, ya que en ningún momento se ha podido establecer la existencia de relaciones comerciales directas entre Bizancio y el Estado islámico de la Península Ibérica[10]. De ahí que lo más probable es que haga referencia a una primera presencia de comerciantes catalano-aragoneses en Constantinopla.

La ocupación por los occidentales de Constantinopla a partir de 1204 dio la primacía en la región a la república veneciana, por lo que el *Comune* genovés se vio obligado a atacar durante ese tiempo los asentamientos de su competidora y a tratar de llegar a una serie de pactos con el Imperio de Nicea, el más poderoso de los estados griegos

---

6 Ibn Baṭṭūṭa, *A través del Islam*, trad., introd. y notas de Serafín Fanjul, Alianza Editorial, Madrid, 1993, pág. 442; Vassilios Christides, «Ibn Battuta's journey to Constantinopla», en Juan P. Monferrer y M.ª Dolores Rodríguez (coords.), *Entre Oriente y Occidente. Ciudades y Viajeros en la Edad Media,* Universidad de Granada, Granada, 2005, pág. 317.

7 Ibn Baṭṭūṭa, *A través..., op. cit.*, pág. 442.

8 Pero Tafur, *Andanças e viajes*, ed. de Miguel Ángel Pérez Priego, Fundación José Manuel de Lara, Sevilla, 2009, págs. 125 y 133.

9 Benjamín de Tudela, *Libro de Viajes*, trad., introd. y notas de José Ramón Magdalena Nom de Déu, Ripiedras, Barcelona, 1989, pág. 66.

10 Olivia R. Constable, *Comerciantes y comercio en la España musulmana. La reordenación comercial de la Península Ibérica del 900 al 1500,* Omega, Barcelona, 1997, págs. 45-46.

que se habían formado en la Península de Anatolia tras la IV Cruzada, que sería el que sirviese de base para la posterior restauración. Uno de los primeros acuerdos se alcanzaría *ca.* 1249 y se materializaría en el envío de una flota por parte de Juan III Ducas Vatatzes (1222-1254) a la isla de Rodas con apoyo de los genoveses.

Este emperador de Nicea buscaba poner en marcha una política de protección de la economía frente al intervencionismo de las potencias latinas, en especial Venecia, quien —no se olvide— fue la instigadora de la IV Cruzada. Sin embargo, no podía llevar a cabo una prohibición tajante del comercio con la República de San Marcos sin violar acuerdos anteriores, por lo que dictó una ley suntuaria, restringiendo la importación de productos de lujo aunque se siguiesen trayendo desde el vecino Sultanato de Iconio[11].

El tratado de Ninfea (13 de marzo de 1261) al que llegó Miguel VIII Paleólogo antes de la restauración del Imperio en Constantinopla, comportó para los genoveses importantes ventajas comerciales, situándolos por delante de los venecianos en Oriente. A cambio de la ayuda militar los eximía del pago de cualquier tipo e impuesto en los puertos del Imperio, incluida Constantinopla cuando fuese ocupada[12]. Y no se limitarían sólo a la capital, también contarían con presencia en la ciudad de Tesalónica. Sin embargo, según Michel Balard, dejaron poca huella en los archivos, de ahí que les suponga una escasa repercusión, ubicados, como estaban, en el corazón de la zona de influencia veneciana[13]. Con este tratado el Imperio quedó a merced de las potencias occidentales, que no dudarían en intervenir en la vida política de la corte imperial, apoyando a alguna de las facciones que luchaban por el poder, como expone en su obra el historiador bizantino Ducas († 1470)[14]. Pero quizás lo más significativo fuese el hecho de que el Imperio le diese la espalda al mar y confiase su defensa marítima a Génova, lo que por otra parte facilitó la expansión de la piratería turca, que a su vez también estaba apoyada por la marina de las Repúblicas italianas.

La irrupción de los genoveses no distinguió entre credos religiosos, obviando las prohibiciones papales acerca de vender a los estados musulmanes armas o esclavos. De hecho, en Oriente dejaron patente que no participarían en ninguna coalición que implicase luchar contra los turcos[15]. Lo que se pretende es mantener abiertas

---

[11] Michel Balard, «The Genoese in the Aegean (1204-1566)» en Benjamin Arbel et alii. (coords.), *Latin and Greeks in the Eastern Mediterranean after 1204*, Frank Cass, Londres, 1989, págs. 158-159; Georg Ostrogorsky, *Historia…, op. cit.,* pág. 439.

[12] Georg Ostrogorsky, *Historia…, op. cit.,* pág. 444; Basile G. Spiridonakis, *Grecs, occidentaux et turcs de 1054 à 1453. Quatre siècles d'Histoire de Relations Internationales*, Institute for Balkan Studies, Thessaloniki, 1990, pág. 165.

[13] Michel Balard, «The Genoese…», art. cit., pág. 159.

[14] Ducas, *Historia turco-bizantina*, ed. y trad. Francisco J. Ortolá Salas y Fernando Alconchel Pérez, Machado Libros, Madrid, 2006, cap. XII.3, pág. 89.

[15] Basile G. Spiridonakis, *Grecs, occidentaux,…, op. cit.,* pág. 166. Sobre el origen del establecimiento de los genoveses en Constantinopla, cfr. Raymond Janin, *Constantinople Bizantin. Développement urbain et répertoire topographique,* Institut Français d'Études Byzantines, Paris, 1964, págs. 250-253.

para Génova dos rutas comerciales vitales, ya que suponían para la República ligur asegurarse la presencia y el control de las transacciones entre Oriente y los puertos septentrionales de Europa. Quizá, el pretender mantener esta política de dualidad en ambas regiones, con el consiguiente desgaste que esto conllevaba para el *Comune*, era la única vía para compensar la preponderancia de Venecia en Bizancio.

Los primeros acuerdos comerciales a los que se llegó, de manera abierta, entre genoveses y granadinos datan de 1278-1279, cuando se envió una legación diplomática encabezada por un Spínola y que fue ratificada 20 años después por un miembro de la familia Doria[16]: los genoveses podían establecer en Granada un cónsul y una alhóndiga con su propia iglesia. Esto equivalió a una presencia física constante de estos comerciantes en la ciudad, en su calidad de centro político-administrativo del Emirato, que conllevaría a la extensión de su influencia hacia el puerto de Almería como principal plaza costera dominada por los nazaríes en el momento de la firma del tratado, toda vez que Málaga se encuentra bajo la órbita de los Banū Ašqilūla y la dinastía norteafricana de los Banū Marīn[17]. También se les aseguraba la libertad de movimiento: podrían comerciar con *Yspania,* con el *Garbo,* aludiendo al Magreb, y con la Sevilla cristiana sin ninguna injerencia por parte del emir y la exención de impuestos en la venta de naves[18].

Como se ha podido comprobar, la política comercial de Génova en ambos extremos del Mediterráneo es muy similar en lo que a su aspecto político se refiere. En Oriente, a partir de 1261 tendrá que hacer frente a la competencia con tintes violentos que ejerció Venecia con el fin de retornar a su posición hegemónica y lo hizo atacando directamente a los genoveses en Gálata, lo que puso a Miguel VIII Paleólogo en una situación delicada al suponer una guerra entre dos potencias extranjeras en la capital, introduciendo un elemento de desestabilización. Sería muy larga de enumerar la lista de consecuencias que tuvo para el Imperio el casi constante enfrentamiento vénetogenovés a lo largo del s. XIV, revistiendo en ocasiones tintes de guerra mundial al verse también involucradas otras potencias como la Corona de Aragón o Francia[19].

---

16 Blanca Gari, «El Reino de Granada y la política comercial genovesa en la Península Ibérica en la segunda mitad del s. XIII» en *Actas del IV Coloquio…, op. cit.,* pág. 287; José E. López de Coca, «El comercio…», art. cit., pág. 134.

17 Rachel Arié, *L'Espagne Musulmane…, op. cit.,* págs. 71-73.

18 Rachel Arié, *L'Espagne Musulmane…, op. cit.,* pág. 361 n. 1; Blanca Gari, «El Reino de Granada…», art. cit., págs. 292-293; José E. López de Coca, «El comercio…», art. cit., págs. 135-136; M.ª Dolores Rodríguez, *El Islam en la costa granadina: introducción a su estudio,* Universidad, Granada, 1993, pág. 102; Adela Fábregas, «La vida económica del Sultanato nazarí en su vertiente comercial» en Rafael G. Peinado, Antonio Malpica y Adela Fábregas (eds.), *VII Coloquio de Historia Medieval de Andalucía (Granada, 2007),* Universidad de Granada, Granada, 2009, pág. 84. Sobre los Banū Ašqilūla, cfr. Miguel Á. Ladero Quesada «El Reino de Granada…», art. cit., pág. 191; José E. López de Coca, «El comercio…», art. cit., págs. 134-135; Rachel Arié, *L'Espagne Musulmane…, op. cit.,* págs. 71-73.

19 Donald M. Nicol, *The last centuries of Bizantium, 1261-1453*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, págs. 111 y 160.

En Granada no tenían que competir con Venecia, lo que no quiere decir que la República de San Marcos se hallara ausente[20], pero sí hay otros Estados cristianos involucrados. Emilio Molina afirma que la supervivencia del Emirato se basó «en el difícil equilibrio inestable que supuso, por un lado, su vasallaje a Castilla, junto con los intereses encontrados de la Corona de Aragón, sin olvidar la presencia, siempre al quite, de Portugal, Francia y las potencias italianas»[21], a lo que hay que sumar los benimerines del Norte de África. No tenemos noticias de la participación de los mercaderes genoveses en las intrigas palaciegas ni en las luchas civiles que tuvieron lugar en el Emirato, lo que no quiere decir que no la hubiese. Si Constantinopla fue escenario del enfrentamiento con Venecia, Granada lo sería especialmente de sus luchas con Cataluña, teniéndolo documentado para el s. XV, cuando la Corona de Aragón ejercerá fuertes presiones para ver equiparados sus derechos y obligaciones a los de los comerciantes ligures[22].

Aquí también existe un abandono del mar, que se deja en manos de los Banū Marīn o incluso de las potencias europeas. No entraremos en si el Emirato tuvo o no una marina propia que le permitiese hacer frente a los envites de castellanos y aragoneses[23]. En el mencionado tratado comercial de 1278-1279, el emir granadino podría contar con el apoyo naval genovés siempre que le fuese necesario, pero poniendo como condición que la flota no fuese utilizada para atacar a ningún monarca cristiano ni aliado de Génova[24]. Como se puede ver, supone una variación con respecto a lo aplicado en Bizancio; un interesante ejemplo de cómo se desenvolvía la diplomacia genovesa.

Esto no fue razón suficiente que impidiese a Muḥammad V (2.º reinado: 1362-1391) firmar un tratado con Pedro IV el Ceremonioso (1336-1387) en 1365, mediante el cual el monarca aragonés trataba de asegurar para los mercaderes de sus reinos la libertad de comercio entre el Emirato y Aragón, que se iría renovando[25]. De hecho, el puerto de Almería pasaría de ser un emporio genovés a serlo de los catalanes[26]. López de Coca pone de relieve la pérdida de importancia de este puerto a favor del

---

[20] Adela Fábregas, *Motril y el azúcar. Comerciantes italianos y judíos en el reino de Granada*, Ingenio. Biblioteca de Motril, Motril, 1996, pág. 126.

[21] Emilio Molina, «La dinámica política y los fundamentos del poder», en Rafael G. Peinado, *Historia del Reino de Granada…, op. cit.,* pág. 244.

[22] Rachel Arié, *L'Espagne Musulmane…, op. cit.,* pág. 319; Roser Salicrú i Lluch, *El Sultanato de Granada, Génova y la Corona de Aragón en el siglo XV*, Universidad de Granada, Granada, 2007, pág. 255; Antonio Peláez Rovira, *El Emirato nazarí de Granada en el siglo XV. Dinámica política y fundamentos sociales de un Estado andalusí*, Editorial Universidad de Granada, Granada, 2009, pág. 307.

[23] Cfr. Cristóbal Torres Delgado, «El Mediterráneo nazarí: diplomacia y piratería. Siglo XIII-XIV» en *Cuadernos de Estudios medievales*, IV-V (1976-1977); Rachel Arié, *L'Espagne Musulmane…, op. cit.*, págs. 265-276.

[24] Blanca Gari, «El Reino de Granada…», art. cit., pág. 294.

[25] M.ª Dolores Rodríguez, *Las riberas nazarí y del Magreb (ss. XIII-XV). Intercambios económicos y culturales*, Universidad de Granada, Granada, 2000, pág. 136.

[26] Emilio Molina, «La dinámica política…», art. cit., pág. 246.

de Málaga, que ofrecía mejores conexiones con la orilla magrebí por donde entraban el oro subsahariano y los esclavos[27].

El control de la orilla Norte del Estrecho de Gibraltar por parte de los cristianos sería un hecho determinante en el desarrollo de los acontecimientos en todo el Mediterráneo y sobre todo en la expansión de la proto-industria de las ciudades europeas. En 1292, el rey Sancho IV de Castilla (1284-1295) tomó la ciudad de Tarifa con el apoyo de las galeras genovesas, que atacaron a los benimerines en su propio puerto. El emir norteafricano había organizado una imponente flota en Tánger, donde «tenía veinte e siete galeas muy bien armadas, e ellos querían pasar, e que llegó Micer Benito Zacarías, el ginovés, con doce galeas muy bien armadas (…), en venciólos, e prisó dellas las trece…»[28]. Al avance cristiano en esta área también contribuyó la neutralidad granadina demostrada en estas fechas, cuyo objetivo era librarse de la tutela de los Banū Marīn[29]. Pero lo que se había avanzado en la apertura del Estrecho estuvo a punto de perderse cuando en 1306 Muḥammad III (1302-1309) conquistó Ceuta, provocando una triple alianza entre Fernando IV de Castilla (1295-1312), Jaime II de Aragón (1291-1327) y los benimerines que se saldó con la conquista de Gibraltar, el fracaso del asedio catalán a Almería[30] y la vuelta a una alianza entre el emir granadino Naṣr (1309-1314) y el benimerín Abū l-Rabī' a cambio de las ciudades de Ronda, Algeciras y Ceuta, que hacía poco había tomado gracias a la ayuda aragonesa[31]. El golpe definitivo vendría con la batalla de Tarifa/Salado, que acabó consolidando la posición de Castilla sobre el Estrecho y certificando el declive de los benimerines, que de nuevo habían contado con el apoyo de los genoveses para la destrucción de la flota castellana[32].

Ahora bien, ¿qué impacto pudieron tener en Levante, en Bizancio, los acontecimientos que se estaban produciendo en la frontera castellano-granadina? El nexo de unión nos lo da Benito/Benedetto Zaccaria, a quien en 1304-1305, sólo unos años más tarde de haber participado en la destrucción de la flota meriní, nos encontramos junto con su hermano Manuele tomando la isla de Chíos y Adramitio, junto a Esmirna, para proteger Asia Menor de los ataques de los piratas turcos[33], lo que equivalía a la defensa de sus propios intereses comerciales en la zona. Hubo un hecho de primera magnitud que marcaría las relaciones bizantino-genovesas de ahí en adelante. Hacia

---

27 José E. López de Coca, «El comercio…», art. cit., pág. 139; Rachel Arié, *L'Espagne Musulmane…, op. cit.,* pág. 363.

28 Claudio Sánchez Albornoz, *La España musulmana…, op. cit.,* vol. 2, pág. 488.

29 Miguel Á. Ladero Quesada, «El Reino de Granada…», art. cit., pág. 193.

30 Sobre este episodio, cfr. Ramón Muntaner, *Crónica*, introd. Joan Fuster, trad., notas e índices J. F. Vidal Jové, Alianza Editorial, Madrid, 1970, caps. 246-247, págs. 505-509.

31 Rachel Arié, *L'Espagne Musulmane…, op. cit.,* págs. 86-88.

32 Miguel Á. Ladero Quesada, «El Reino de Granada…», art. cit., págs. 194-196; Emilio Molina, «La dinámica política…», art. cit., pág. 245.

33 Donald M. Nicol, *The Last centuries…, op. cit.,* pág. 113; Michel Balard, «The Genoese…», art. cit. pág. 160.

REVISTA DEL CEHGR • núm. 26 • 2014 • págs. 437-456

1347, Génova vió peligrar el control sobre la ruta de los Estrechos, ya que el emperador Andrónico III Paleólogo (1328-1341) pretendía reconstruir la flota imperial, apartando a los genoveses. La reacción de éstos no se hizo esperar, quemando las naves bizantinas y saqueando algunas ciudades del Imperio. Uno de los hechos más significativos sería el sitio al que fue sometido el barrio de Gálata, con máquinas de asedio incluidas, lo que da una idea aproximada de cuál debería de haber sido el poder alcanzado por los mercaderes genoveses en Constantinopla. La «crisis» se saldaría con el envío de una embajada directamente desde el *Comune* de Génova al emperador Juan VI Cantacuzeno (1347-1354), firmando un nuevo tratado para salvaguardar, en la medida de lo posible, las ventajas de las que disfrutaban en la Ciudad. Pero para el emperador era el momento de buscar de nuevo la autonomía tanto en los abastecimientos como en la defensa[34]. Esta «derrota» de Génova en Oriente sería compensada por las perspectivas que se les abrían en la Península Ibérica a consecuencia de la apertura del Estrecho de Gibraltar[35].

La principal conclusión a la que podemos llegar es que tanto el Emirato de Granada como el Imperio bizantino son tierras de frontera, en las que una guerra endémica por la propia supervivencia lo impregna todo, y en las que la producción artesanal o agrícola están en función de las necesidades de una sociedad con unas características distintas a las que se hallan en las ciudades del Norte de Europa. En ambos, la sociedad es tributaria, pero en su seno existen ciertas tendencias feudalizadoras[36] fruto de su contacto con los Estados latinos, que convierten la posesión de la tierra y la exacción de rentas en la forma de vida propia de una aristocracia cuyos usos y costumbres serían imitados. La irrupción de las repúblicas marítimas, en las que la elite no pudo usar la posesión de la tierra como un valor de refugio en tanto que ésta era escasa, hacían del comercio y de todo lo que éste trae aparejado su principal forma de vida. A ello se une la inestabilidad política dentro del mundo islámico en torno al Mediterráneo, con la expansión de los turcos desde Asia Menor incorporando a sus dominios las tierras de Egipto ya en 1517, lo que alejaría a los musulmanes de la actividad comercial junto con los movimientos integristas que verían en ella un medio de enriquecimiento ilícito.

---

[34] Donald M. Nicol, *The Last centuries…, op. cit.,* págs. 225-226; Michel Balard, «The Genoese…», art. cit. pág. 161; Basili G. Spiridonakis, *Grecs, occidentaux…, op. cit.,* pág. 167.

[35] Ejemplos que pueden certificar la unión Granada-mundo griego a través de los genoveses son las monedas almohades halladas en Chipre o el jarrón de factura nazarí que llegó hasta esta misma isla tomado por la tradición popular como uno de los que usó Jesucristo en el milagro de las bodas de Caná y pone de manifiesto el comercio de objetos de lujo entre ambos extremos del Mediterráneo. Cfr. Antonio M. de Guadan, «Notas sobre un hallazgo de doblas almohades en la costa de la isla de Chipre», *Cuadernos de Estudios Medievales*, IV-V (1976-77); AA.VV., *Los jarrones de la Alhambra: simbología y poder*, Patronato de la Alhambra y Generalife, Granada, 2007, pág. 156.

[36] Para el caso del Emirato nazarí, cfr. Antonio Peláez Rovira, *El Emirato nazarí…, op. cit.,* pág. 234. Para el bizantino, cfr. Silvia Ronchey, *Lo Stato bizantino*, Einaudi, Turín, 2002, págs. 49-58.

Por su parte, Bizancio tampoco escapó a las dinámicas conservadoras, que convirtieron una determinada religiosidad en la esencia de lo griego. Identidad que se oponía a todo cuanto pudiera ser identificado como occidental, a pesar de que fueran los occidentales quienes ostentaban el poder económico y los bizantinos dependieran de ellos para continuar perviviendo. Fue un momento en el que la aristocracia urbana estaba ganando terreno al Estado, en el que se estaban acentuando las diferencias entre los estamentos y aquélla impedía su vez que prosperaar un sector artesanal propio capaz de competir con Venecia y Génova. Esta descripción también es aplicable a un Emirato como el granadino, que estaba perdiendo parcelas de poder en beneficio de los extranjeros y de una aristocracia terrateniente.

3. CONSTANTINOPLA-GRANADA. IMÁGENES PARA UN FINAL

Hemos puesto de manifiesto cómo el Emirato de Granada y el Imperio bizantino siguieron una evolución política muy similar, ambos en manos de las potencias occidentales, con un denominador común en Génova y la Corona de Aragón. De nuevo, las similitudes saltan a la vista. En el s. xv, después de una ilusoria tregua a comienzos de la centuria a causa de las rencillas internas de sus enemigos, tanto Granada como Constantinopla iban a encarar su desenlace con fuerte eco en sus respectivas áreas de influencia y de un modo u otro la suerte de ambas iba a estar íntimamente ligada.

Los cronistas dan muestras del delicado momento por el que atraviesa Bizancio y los acontecimientos vividos toman carácter de profecía. La visión providencialista es evidente en el relato de Ducas que se refiere así a la caída de Tesalónica el 29 de marzo de 1430:

> «Era éste el funesto y nefasto preludio de las futuras desgracias que iba a sufrir la reina de las ciudades [Constantinopla]. Palacios saqueados, templos arrasados, los ornamentos de las iglesias, las sagradas reliquias en manos de los infieles, respetables doncellas en brazos de crápulas, nobles damas en manos de innobles. Todo fue destruido[37]».

Para este período final de Bizancio encontramos una obra interesante por lo extraña que pueda resultar en comparación con las de su género: *La Historia en Diez Libros* de Laónicos Calcocondilas († *ca.* 1480), a la que el profesor Morfakidis dedicó un estudio[38]. Lo que resalta en ella es que presenta una visión mucho más amplia de lo que lo hacen otros historiadores bizantinos. No se ciñe sólo a lo que está sucediendo en el Imperio, como sucede con Ducas. En lo referente a la Península Ibérica, muestra un amplio conocimiento que muy posiblemente se debiese a las noticias de los

[37] Ducas, *Historia…, op. cit.*, cap. XXIX.5, pág. 184.

[38] Moschos Morfakidis, «La Península Ibérica en la obra de Calcocondilas», *Erytheia*, 6.1 (1985), págs. 69-82.

mercaderes catalanes y genoveses, entre otros y que aprovechó para la redacción de esta parte de su obra, si bien hay que tener mucho cuidado con los datos que ofrece ya que no son del todo exactos[39].

Y quizás un buen ejemplo de ello sea su narración de la batalla de la Higueruela (junio de 1431)[40]. El objetivo principal de Calcocondilas era ensalzar la figura del condestable Álvaro de Luna, el privado del rey Juan II (1406-1454). El historiador ejerce en estos casos como un catalizador de las esperanzas y carencias de su propia sociedad. Bizancio necesitaba un líder enérgico ante la ausencia de caudillos que aglutinaran a las fuerzas imperiales para hacerles frente a los turcos; tampoco hay que perder de vista que Calcocondilas escribía en un tiempo en el que los otomanos habían conquistado los últimos restos del Imperio que aún subsistían en la Grecia continental. Las esperanzas de supervivencia de Constantinopla pasaban justamente por la convocatoria de Cruzada, para lo cual se había forzado la «Unión de las Iglesias» que tendrá su punto álgido en el Concilio de Basilea (1431-1445), originando la oposición de la mayoría de los bizantinos que lo veían como una claudicación en sus señas de identidad[41]. No en vano, la citada batalla se haría bajo el signo de la cruz, que Juan II recogió en la ciudad de Córdoba[42].

¿Por qué Castilla y no Aragón? Es más fácil pensar que los bizantinos esperasen una intervención catalano-aragonesa, dada la vocación mediterránea que tenía la Corona de Aragón. Y quizás fuese por este motivo por el que era preferible que fuesen los castellanos los que acudiesen al auxilio del Imperio. A diferencia de los aragoneses, los monarcas de Castilla no habían participado en ninguna coalición para atacarlos, ni tenían una presencia destacada como comerciantes. Otra cuestión no menos importante es la imagen de Castilla como defensora de la fe cristiana frente a los musulmanes, haciéndose una analogía entre turcos y granadinos, eso sí, mirando la realidad desde otro punto de vista.

Es muy significativo de esto el empleo del término «libios» para referirse a los granadinos que se enfrentaron en la Batalla de la Higueruela a los «íberos», nombre con el que se conoce a los castellanos[43]. El término «libio» haría alusión a la actual Túnez, aunque por extensión se aplique al resto del Magreb. De una forma u otra, lo que se está haciendo es contraponer a los pobladores originarios, los íberos-castellanos frente a los invasores granadinos-libios. ¿Han calado en Bizancio las justificaciones de

---

39 Moschos Morfakidis, «La Península Ibérica…», art. cit., pág. 81-

40 Cfr. Miguel Á. Ladero Quesada, «El Reino de Granada…», art. cit.. pág. 206; Antonio Peláez Rovira, *El Emirato nazarí…, op. cit.*, pág. 204.

41 Ducas, *Historia…, op. cit.*, cap. XXXI.9, págs. 196-197.

42 Pedro Carrillo de Huete, *Crónica del Halconero de Juan II*, ed. y estudio por Juan de Mata Carriazo. Estudio preliminar de Rafael Beltrán, Universidad de Granada-Marcial Pons-Universidad de Sevilla, Granada, 2006, cap. LXXXIII, pág. 100.

43 Moschos Morfakidis y Encarnación Motos, «Un pasaje de Laonicos Calcocondilas…» art. cit., pág. 73.

los monarcas castellanos y aragoneses para legitimar la «Reconquista» de los territorios musulmanes? *A priori* no es algo descartable, teniendo en cuenta el clima de guerra santa contra el Islam patente en todo el Mediterráneo cristiano o la identificación de Mehmet II con el Anticristo que hacen los bizantinos[44].

Por su parte, hay un detalle muy curioso: la mención que hace Calcocondilas al soborno del rey Muḥammad IX el Zurdo (1419-1427; 1430-1431; 1447-1454) a los castellanos: «preparando mulas con doce cargas de higos secos, se dirigían hacia el campamento. Y dentro de los higos secos, abriéndolos uno en uno, colocaron una moneda de oro y los volvieron a cerrar»[45]. Como señalan Morfakidis y Motos Guirao, es llamativo comprobar cómo un dato que sólo se conserva en las crónicas castellanas y en un romance sea conocido por un griego. Quizás la explicación más plausible sea el contacto con población «española» en Venecia, donde se exilió Calcocondilas, siguiendo el ejemplo de otros muchos bizantinos tras la conquista otomana[46].

El soborno sería un adelanto de las parias que el emir nazarí había dejado de pagar a Juan II y el modo de alejar el peligro de una guerra prolongada que muy posiblemente habría acabado por agotar a ambos contendientes. Álvaro de Luna fue quien llevó la iniciativa y propuso levantar el sitio a Granada porque «ya no podríamos servirnos de la abundancia en tiempos de necesidad si nos dejamos llevar en el presente por la saciedad»[47]. La *Crónica del Halconero,* de Pedro Carrillo de Huete (*ca.* 1448), habla de las divisiones que estabann comenzando a surgir en el seno de la nobleza castellana y que tenían en el condestable a su principal objetivo, acusándolo de cobardía por no querer permanecer más tiempo en territorio enemigo[48].

Pero lo que más puede extrañar, y por otro lado confirma las prevenciones acerca de la obra de Calcocondilas, es que no hable de una batalla campal, como se dio en realidad, sino que mencione un sitio a Granada: «los libios estaban duramente asediados y llegando a la máxima hambre»[49]. Quizás la explicación más plausible a este *lapsus* se deba a la propia secuencia de los acontecimientos tal y como los narran las fuentes castellanas y, por qué no, la experiencia del propio cronista griego durante la conquista turca. Según las primeras, se procedió a una tala de la Vega[50], una práctica habitual en las guerras fronterizas entre moros y cristianos, cuyo fin era quitarles a los granadinos los recursos para su subsistencia forzándolos a aceptar el pago de las parias, algo que se asemejaba mucho a los preparativos para sitiar una ciudad.

---

44 Ducas, *Historia…, op. cit.,* cap. XXXIII.12, pág. 207.
45 *Ibidem,* cap. XXXIII.12, pág. 207; Moschos Morfakidis, «La Península Ibérica…», art. cit., pág. 79.
46 Moschos Morfakidis y Encarnación Motos, «Un pasaje de Laonicos Calcocondilas…» art. cit., págs. 77-78; Moschos Morfakidis, «La Península Ibérica…», art. cit., pág. 80.
47 Moschos Morfakidis y Encarnación Motos, «Un pasaje de Laonicos Calcocondilas…» art. cit., pág. 74.
48 Pedro Carrillo de Huete, *Crónica…, op. cit.,* cap. XCIV, pág. 107.
49 Moschos Morfakidis y Encarnación Motos, «Un pasaje de Laonicos Calcocondilas…» art. cit., pág. 73.
50 Pedro Carrillo de Huete, *Crónica…, op. cit.,* caps. XCII-XCIII, págs. 106-107.

REVISTA DEL CEHGR • núm. 26 • 2014 • págs. 437-456

Conviene tener en cuenta que la aparición de los castellanos en el Emirato fue aprovechada por una de las facciones de la aristocracia granadina para deponer al Zurdo y encumbrar a Yūsuf IV (1431-1432). Pedro Carrillo alude a los nobles nazaríes que acudieron al real de Juan II para buscar su alianza, tomándolo bajo su protección y «mandó que dende en adelante él se llamase rrey de Granada, que él quería que, con ayuda de Dios y su patrón Santiago, de le entregar el apoderar el rreyno»[51]. Es un agente externo el que viene a intervenir en las querellas dinásticas nazaríes, pero ¿qué papel representaron los genoveses y catalanes asentados en la ciudad? Nos atreveríamos a aventurar, ante la imposibilidad de presentar pruebas en un sentido o en otro, que pudieron estar del lado del emir Muḥammad. Sin embargo, sí cabría aludir al hecho de que los genoveses tuvieron un estrecho contacto con la población granadina, como lo demuestra el conocimiento por parte de estos comerciantes de la lengua árabe[52], lo que los convertía en unos expertos en la realidad política y social del Emirato.

Como viene siendo habitual, desconocemos la imagen que los granadinos tendrían de los invasores castellanos, pero podemos suplirla y jugar de nuevo a las analogías entre Constantinopla y el Emirato. Como hemos señalado, la Ciudad se encontraba dividida entre unionistas que aceptaban la sumisión a Roma y anti-unionistas que clamaban por un mantenimiento de las costumbres greco-ortodoxas. De ahí nacerían dos posturas contrapuestas que se pueden resumir en dos citas que ayudan a comprender mejor el estado en el que se hallaban los habitantes de una ciudad sitiada y la representación que ambos grupos hicieron de la realidad histórica y sus consecuencias, resumen de miedos y prejuicios[53]:

> «Mejor es ver en medio de la Ciudad el turbante del Turco que la mitra latina.
> U:
> Ojalá la Ciudad sea entregada a los Latinos que creen en Cristo y la Virgen antes que caer en manos de los infieles».

A pesar de que ambas reflejan dos posturas distintas hay un hilo que las une: los sucesos de 1204 seguían muy presentes en el imaginario colectivo. Unos veían a los invasores otomanos como el mal menor, en la esperanza de que los dejaran mantener su fe ortodoxa; los otros cifraban sus esperanzas en una intervención occidental, algo que ya había sucedido en otras ciudades, como fue el caso de Tesalónica, entregada a los venecianos en 1423 para que éstos se encargasen de su defensa ante la imposibilidad de las tropas griegas de poderla asegurar; algo que se demostró completamente inútil ya que los nuevos gobernantes serían los encargados de rendir la ciudad a los turcos[54]. De nuevo pesaron más los intereses comerciales de la República de San

---

51 Pedro Carrillo de Huete, *Crónica…, op. cit.,* cap. XCI, pág. 106.
52 Antonio Peláez Rovira, *El Emirato nazarí…, op. cit.,* págs. 278-279.
53 Ambas en: Ducas, *Historia…, op. cit.,* cap. XXXVIII.10, pág. 227.
54 *Ibidem,* cap. XXIX, págs. 182-183.

Marcos, imponiéndose a los de los habitantes de Tesalónica. Pero estos prejuicios los vemos también entre los latinos. Desde Occidente, pensaban que los griegos estaban exagerando el peligro que representaban los turcos otomanos, que lo que buscaban era una intervención occidental[55].

También los latinos guardaban memoria de lo sucedido durante las Cruzadas además de haber creado una imagen propia de lo oriental, en la que se mezclaban lo árabe-islámico y lo griego-ortodoxo como dos realidades que, si bien no eran idénticas, sí compartían un mismo poso común. Una imagen que habría perdurado hasta nuestros días, cuando nos referimos a los lujos bizantino y asiático.

Alonso de Palencia († 1492), representante de Enrique IV en Roma, sería muy duro con la política del Papa y de Venecia respecto a lo que estaba sucediendo en Oriente, con la opulencia en la que vivían en Italia mientras la Cristiandad se encontraba en un serio peligro: «*Constantia cadent et alta palatie Romae*». Era muy crítico con la corte pontificia, de la que ofreció un retrato poco halagador. Hablaba de hombres «oscuros y apocados», «afeminados, ansiosos de riquezas y despreciadores del verdadero honor»[56], unos estereotipos que han perdurado no sólo en la historiografía española, sino en general en todo el Occidente.

Una imagen netamente castellana, que mira el mundo a través de los valores propios de una sociedad que ha hecho de la guerra, y todo lo que ésta lleva aparejado, causa y efecto de su ideología. Así, se permite valorar de manera muy diferente la actitud que habrían demostrado Ladislao III, rey de Polonia y Hungría (1434-1444) y el cardenal Cesarini, caídos ambos en Varna (noviembre de 1444), quedando a merced de sus enemigos por la dejadez del cardenal veneciano Candalmaro, sobrino de Eugenio IV (1431-1447).

Los genoveses asentados en Gálata jugaron a dos bandas, siguiendo la práctica diplomática habitual de la República ligur. No sabían cómo acabaría el sitio a Constantinopla, por lo que la actitud más práctica era la de mostrar una neutralidad activa a favor de ambos contendientes, sin implicarse demasiado. Así por ejemplo, cuando se evidenció que los turcos habían tomado la ciudad, hicieron todo lo posible para posicionarse de cara a un más que probable tratado comercial con el conquistador Mehmet II (1451-1481). Habíamos visto con anterioridad cómo las Repúblicas italia-

---

55 Alonso de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, introd. Antonio Paz y Meliá, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1973, vol. I, libro II, cap. VIII, pág. 51.

56 Alonso de Palencia, *Crónica…, op. cit.,* vol. I, libro II, cap. VIII, págs. 50-51; Gaspar Morocho Gayo, «Constantinopla: Historia y retórica en los cronistas Alonso de Palencia y Pedro de Valencia» en Pedro Bádenas y José M. Egea (co-ed.) *Oriente y Occidente en la Edad Media. Influjos bizantinos en la cultura occidental*, Erytheia, Vitoria-Gasteiz, 1993, págs. 159-160; Encarnación Motos, «El círculo hispano de Bessarión: Don Rodrigo Sánchez de Arévalo» en Olga Imatos Sáenz, Idoia Mamolar Sánchez y Javier Alonso Aldama (eds.), *Culturas hispánicas y mundo griego. IV Congreso de Neohelenistas de Iberoamérica. Zaragoza, 1-3 de octubre 2009,* Sociedad Hispánica de Estudios Neogriegos, Vitoria/Gasteiz-Granada, 2012, págs. 521-537.

nas lo habían sacrificado todo en aras de su interés comercial, pero siempre era en detrimento de otras poblaciones. En 1453, sin embargo, dieron un paso más. En esa carrera por afianzarse ante el fatal desenlace no dudarían en traicionar a sus propios conciudadanos, en denunciar ante los turcos la maniobra que el *condottiero* Giustiniani iba a ejecutar durante la noche para destruir la flota otomana fondeada en el Cuerno de Oro[57].

La entrada de los turcos en la Segunda Roma tuvo tintes apocalípticos y así fue percibida no sólo por los propios bizantinos, sino por el resto de la Cristiandad, que veían cómo un nuevo poder se estaba asentando en el extremo oriental de Europa y amenazaba directamente al Sacro Imperio Romano Germánico. Muy posiblemente, cuando Alonso de Palencia o Ducas hablan de los horrores que se vivieron durante el saqueo de Constantinopla, tuviesen en la mente el relato del *Libro de Daniel* (Dn, 9, 27) en el que se habla de la profanación del lugar sagrado. Y así lo expresa el castellano:

> «[…] huesos de los mártires arrancados de sus sepulcros; aras y altares sirven a los caballos de pesebres y para las más repugnantes torpezas […]. Cometen, finalmente, los infieles crímenes y horrores sin cuento en escarnio de la religión cristiana, principalmente abandonada porque viviendo en la molicie y entregados a la disolución, se burlaron de los infelices legados[58]».

Ducas tampoco ahorra patetismo para describir el acontecimiento:

> «¡Ay, qué desgracia, qué espantosa señal! ¡Ay de nosotros! ¡Qué hemos tenido que ver! Un turco en el ara sagrada, erigida sobre las reliquias de Apóstoles y Mártires. ¡Un infiel! ¡Estremécete, oh Sol! ¡Dónde está el Cordero de Dios, dónde el Hijo y el Verbo del Padre, que sobre el altar es sacrificado y comido pero nunca consumido![59]».

Steven Runciman menciona el envío de 400 niños griegos a los tres principales señores musulmanes, entre los que se contaba el emir de Granada, Sa'ad (1453/54-1462), como regalo con el que Mehmet II pretendía celebrar la incorporación a sus dominios de Constantinopla[60]. Se hacía así evidente el nacimiento de un nuevo tiempo en el que el Islam pretendía volver a ocupar la posición hegemónica que había perdido. Se desconoce la suerte que corrieron tras su llegada y qué papel desempeñarían en el período posterior a la conquista de Isabel I de Castilla y Fernando V de Aragón en 1492. Por lo que conocemos del trato dado a los niños cristianos cautivos, es muy posible que estos 400 pasasen a formar parte de la guardia personal de los emires, ya que a mediados del s. xv está confirmada la existencia de un cuerpo de guardia cristiano

---

[57] Ducas, *Historia…, op. cit.,* caps. XXXVIII. 5 y 19-20, págs. 229-230 y 236-237; Alonso de Palencia, *Crónica…, op. cit.,* vol. I, cap. VIII, pág. 52; Basile G. Spiridonakis, *Grecs, occidentaux,…, op. cit.,* pág. 172.

[58] Alonso de Palencia, *Crónica…, op. cit.,* vol. I, cap. VIII, pág. 52.

[59] Ducas, *Historia…, op. cit.,* cap. XL.2, pág. 251.

[60] Steven Runciman, *La caída de Constantinopla*, Espasa Calpe, Madrid, 1973, pág. 167.

encargado de velar por la seguridad del soberano granadino[61], aunque este caso en particular sea difícil de demostrar al no haber constancia documental que lo certifique.

Los emigrados romanos apelarían a la solidaridad de las potencias europeas para que se lanzasen a la recuperación de Constantinopla. Como pone de manifiesto Benito Ruano, *ca.* 1461 había algunos nobles bizantinos que acompañaron a D. Iñigo López de Mendoza en su embajada a Roma[62]. Los *Lamentos,* romances en los que el rey moro lamenta la pérdida de una ciudad, tienen su correspondencia en la literatura griega en los llamados *Trenos,* salvando las distancias en lo que a perspectiva se refiere, ya que en el caso oriental, son los propios constantinopolitanos quienes hacen mención a la pérdida de su ciudad, mientras que en los romances, son poetas cristianos quienes ponen en boca de los vencidos el lamento por la derrota. En los *trenos*, los poetas apelarían al sentimiento de pertenencia a la Cristiandad y echarían mano de la muerte de Constantino XI Dragases (1449-1453), el último emperador romano de Oriente, cuyo cuerpo no fue encontrado y sobre el cual correrían las más variadas leyendas.

Otro recurso sería el poner sobre la mesa las desgracias que estaba sufriendo la población de la Ciudad, incidiendo en la suerte que corrieron las mujeres, en especial las religiosas, que habían consagrado su virginidad a Dios y se habían visto ultrajadas por los turcos, que las habrían vendido como esclavas[63]. A cada una de las naciones cristianas se le interpeló directamente, y también a los «españoles». Fuera de las fronteras peninsulares se estaba dando una imagen de unidad, en la que el *leitmotiv* era la pertenencia a la Cristiandad, entendiéndose que la existencia de Granada como Estado independiente no iba a prolongarse mucho en el tiempo. Así pues, se menciona que para acabar con el Emirato nazarí era preciso acabar antes con la existencia de los otomanos; expulsarlos de Constantinopla y restaurar el Imperio Romano de Oriente; no obstante, pese a esta apelación a la destrucción del enemigo, uno de los *trenos* llama al rey moro de Granada «noble»[64], lo que no deja de ser un reconocimiento hacia el emir nazarí por parte de los romanos.

En la publicación de la Bula de Cruzada, el 4 de febrero de 1458, Enrique IV pretendía hacer de la guerra contra los granadinos una suerte de venganza por los actos de los turcos[65]. Se había puesto en peligro a la Cristiandad y lo que procedía por parte de un rey cristiano era intentar atacar a los enemigos de su fe. Esta imagen concuerda con la idea providencialista que Alonso de Palencia tiene de la Historia, convirtiendo al soberano de Castilla en el elegido por Dios para acabar con el Emirato de Granada,

---

61 Sobre la presencia de cristianos como parte de la guardia del emir de Granada, cfr. Rachel Arié, *L'Espagne Musulmane…, op. cit.,* pág. 316.

62 Eloy Benito Ruano, «Granada o Constantinopla», art. cit., pág. 290.

63 *Trenos por Constantinopla.* Estudio preliminar, traducción y comentarios de Rosario García Ortega y Ana I. Fernández, *C.E.B.N.Ch.* Granada, 2003. Cfr. «Llanto por Constantinopla», vss. 71-88, págs. 144-147.

64 *Trenos…, op. cit.,* «Toma de Constantinopla», vss. 439-440, pág. 87.

65 Eloy Benito Ruano, «Granada o Constantinopla», art. cit., pág. 296.

haciendo hincapié en el aislamiento de los granadinos y la superioridad del ejército castellano. Enrique IV sería de este modo el único rey europeo capaz de frenar a los otomanos, pero para ello antes tendría que acabar la «Reconquista»[66]. Se está jugando con la retórica del enfrentamiento Oriente-Occidente, Islam-Cristiandad, todo ello envuelto por el halo de la guerra santa.

Desde la cancillería castellana se hizo todo lo posible para que las campañas contra Granada fueran consideradas como parte de esa Cruzada general contra los musulmanes, aunque, como se vio en la de 1455, fuesen un fracaso para Enrique IV[67]. En 1456 se envió una embajada al Papa de origen español Calixto III (1455-1458) para convencerlo de la necesidad de contar con recursos económicos proporcionados por Roma para hacer frente con mayor éxito a los granadinos, ya que éstos contaban con el apoyo de todo el mundo islámico[68]. No sería por tanto un asunto netamente ibérico, sino que sus consecuencias se dejarían sentir en todo el Mediterráneo.

Hubo que esperar hasta la llegada al solio pontificio de Pío II (1458-1464) para que la Cruzada contra el Turco tomase un nuevo impulso. En Mantua, por un documento de 18 de enero de 1460, el Papa equiparó la guerra contra los nazaríes a la que pretendía organizar contra los otomanos[69]. La cancillería del Vaticano también se estaba mostrando muy activa en todo lo relacionado con las dos guerras abiertas contra el mundo islámico. Tenemos cuatro cartas fechadas en Roma entre el 14 de febrero y el 2 de marzo de 1462, en las que el principal asunto es la apropiación por parte de Enrique IV de los subsidios de la Cruzada para sufragar los gastos de la guerra contra Granada, aunque Alonso de Palencia sea menos indulgente. Para evitar que esto volviera a suceder, Pio II le concedió un tercio de lo recaudado para tal fin[70].

A parte de Enrique IV hubo otros monarcas interesados en frenar a los turcos. Es el caso de Alfonso V el Magnánimo (1416-1458) quien envió tropas al caudillo albanés Skanderberg para luchar contra los otomanos en Albania y Tesalia. La pregunta que podemos hacernos es hasta qué punto esta ayuda era o no interesada. Los otomanos estaban amenazando las posiciones occidentales en el Mediterráneo oriental y había que defenderlas. Quizás esa fuese también la idea con la que en 1457 Calixto III envió una flota para defender las islas de Rodas, Chíos o Samotracia, que habían pasado a ser la frontera entre la Cristiandad y el Imperio otomano[71].

Pero la llamada a la guerra santa fue la excusa que muchos tomaron para enriquecerse. Alonso de Palencia presenta a quienes acudieron a la llamada del Papa como

---

66 Alonso de Palencia, *Crónica…, op. cit.,* vol. I, libro III, cap. V, págs. 65-66.

67 *Ibidem,* vol. I, libro III, cap. VIII, pág. 70; Miguel Á. Ladero Quesada, «El Reino de Granada…», art. cit., pág. 208; Antonio Peláez Rovira, *El Emirato nazarí…, op. cit.,* págs. 221-223.

68 Alonso de Palencia, *Crónica…, op. cit.,* vol. I, libro IV, cap. V, págs. 86-87.

69 Eloy Benito Ruano «Granada o Constantinopla», art. cit., pág. 300.

70 *Ibidem,* págs. 301-306; Alonso de Palencia, *Crónica…, op. cit.,* vol I, libro IV, cap. VIII, pág. 93.

71 *Ibidem,* vol. I, libro V, cap. X, pág. 118; Ducas, *Historia…, op. cit.,* cap. XLV.8, pág. 276.

abnegados creyentes que lo abandonaron todo por defender la fe de Cristo. Hay en todo ello una crítica no sólo a los clérigos capaces de acabar con el ardor guerrero de la población convirtiéndolo en una falsa cruzada, sino también hacia los reyes y nobles de Castilla. El cronista los conminaba a reformar sus costumbres y a luchar contra «*los turcos en las entrañas de Castilla*» como paso previo para la derrota de los musulmanes[72].

> «El rey Enrique también se sumó a la denuncia de la corrupción del clero castellano que aprovechaba la circunstancia para aumentar sus ganancias. Más de una década después de la caída de Constantinopla, en la Cristiandad seguía vigente el espíritu de Cruzada ante la amenaza turca, que sería mucho más evidente entre los castellanos por la larga «convivencia» con los musulmanes granadinos. Este miedo habría sido explotado por los clérigos para movilizar a la población. Por otra parte, la obediencia al mandato papal estaba dejando a Enrique IV sin efectivos para proseguir con la guerra contra Granada. Se quejaba de que había zonas que estaban quedando despobladas. Exageración o no, lo cierto es que hay una pérdida de empuje por parte de una Castilla de por sí poco poblada. La obediencia a Roma comenzaría a ser vista como un problema por parte de la monarquía, que observaba cómo sus intereses no podían seguir siendo prolongados a favor de una empresa quimérica: «E non se ayan tanto de distraer o fatigar e gastar por la aver, yendo tan lexos terra entre gentes e naciones tan báruaras e estrañas»[73].

El rey de Castilla intentó imponer el pragmatismo, el ardor bélico que veíamos en los primeros momentos se estaba suavizando. El tiempo había pasado y la Cruzada contra el Turco se veía como algo imposible, por lo que le pidió al Papa poder centrar sus esfuerzos en un objetivo más acorde con sus posibilidades y que se le diera carácter de guerra santa, puesto que la lucha contra Granada también era contra los «enemigos de la fe cristiana»[74].

Se había pasado del compromiso ciego de 1458, alentado por la cercanía de la caída de Constantinopla, de la defensa cerrada de la Cristiandad frente a la amenaza turca, a la atención hacia los intereses nacionales como se puede comprobar ya en 1464. Sin embargo, Granada seguiría en el horizonte de Castilla. De hecho, cuando la ciudad fuera conquistada por los Reyes Católicos en 1492 llegarían hasta aquí reliquias procedentes del extinto Bizancio y que, como deja patente Encarnación Motos, vuelven a ligar ambas ciudades[75].

---

[72] Alonso de Palencia, *Crónica…, op. cit.,* vol. I, libro VII, cap. II, pág. 153 y cap. III, pág. 157.

[73] Eloy Benito Ruano, «Granada o Constantinopla», art. cit., pág. 310.

[74] *Ibidem,* pág. 312.

[75] Cfr. Encarnación Motos, «Acerca de algunos objetos «Bizantinos» conservados en la Capilla Real de Granada» en Pedro Bádenas y José M.ª Egea (eds.) *Oriente y Occidente…, op. cit.,* págs. 227-245.

4. CONCLUSIONES

El Emirato nazarí de Granada y el Imperio bizantino de los Paleólogos presentaron una evolución política muy similar. Eran los restos de sendos estados formados en la Alta Edad Media: al-Andalus y el Imperio Romano Cristiano, además de estar ubicados en los dos extremos del Mediterráneo, controlando el paso de dos estrechos: el de Gibraltar y el del Bósforo, respectivamente. Esta posición geográfica los hacía muy atractivos para las potencias occidentales que comenzaban a despertar del letargo en el que estaban sumidas desde la caída del Imperio Romano de Occidente en 476.

Aunque *a priori* puedan parecer dos entidades muy diferentes, sobre todo por tratarse de una potencia musulmana y otra cristiana, son muchas las similitudes que se aprecian en el devenir histórico de ambos. Tanto Granada como Bizancio vieron menguar su territorio paulatinamente a favor de las dos potencias que marcarían la política mediterránea en los siguientes dos siglos: Corona de Castilla y el Imperio otomano. A las pérdidas territoriales hay que sumar la cesión de la independencia económica, y en cierto modo política, de ambos Estados a las nuevas potencias europeas, especialmente Génova, convertida en el nexo de unión entre los dos extremos del Mediterráneo. La capital nazarí y la bizantina quedaron convertidas en escenario de las luchas por la hegemonía entre las repúblicas marítimas italianas y la Corona de Aragón, fundamentalmente Cataluña, que desde muy pronto mostró interés en expandirse por el Mediterráneo.

La visión que queda de sendos estados es la de ser una suerte de protectorados económicos en los que a los Genoveses y demás potencias mediterráneas occidentales, les era lícito intervenir en su vida política, aprovechando las luchas internas tanto en el Imperio como en el Emirato, apoyando a los distintos bandos en liza para asegurarse el mantenimiento de los privilegios que les habían sido concedidos por el emir o el emperador. Esta información es verificable para el caso bizantino, ya que las fuentes son más explícitas en este sentido, lo que no ocurre para el granadino. A pesar de que no pueda ser verificable, no podemos descartar que en Granada los genoveses actuaran de la misma manera que en Constantinopla.

Por vez primera desde los tiempos de Constantino VII Porfirogéneta (945-959), un autor bizantino, Laonicos Calcocondilas, hace referencia a los sucesos de la Península Ibérica, a las guerras entre la Corona de Castilla y el Emirato, pero empleando un vocabulario que nos retrotrae a la época helenística, haciendo patente que aún en el Imperio bizantino la cultura válida era la antigua y que la misma servía para interpretar la realidad presente del s. xv. Esto que podría ser interpretado como una prueba del supuesto anquilosamiento bizantino, también lo vemos para el caso del Emirato nazarí, en el que se busca enlazar con el pasado puramente árabe como medio de legitimación. Por esta vía hallamos un nuevo punto de contacto entre ambas orillas, la oriental y la occidental.

Las imágenes que las dos ciudades dan en sus finales son también muy semejantes, en tanto que sirvieron para aglutinar a musulmanes y cristianos en torno a una identi-

dad religiosa, bajo el espíritu de la guerra santa, que no se materializaría finalmente en una ayuda generalizada hacia Granada y Constantinopla. En un ambiente de exaltación religiosa, la toma de la ciudad imperial hizo que la posterior conquista de la capital granadina fuese vivida como una revancha, uniendo hasta su final el destino simbólico de los dos extremos del Mediterráneo, paradigmas de dos mundos ya extintos.

